



APROPÓSITO DE LOS DOBLETES

II

Si los maestros de primeras letras se impusiesen en los principios de la ciencia lingüística, libertaríanse con ello de los prejuicios del ca-suismo gramaticalesco, y en vez de abandonar, cuando no despreciar, la lengua popular hablada, estudiaran con amor esos supuestos disparates, discernirían lo propiamente fisiológico de lo patológico (interesante también esto y adquiriríamos por ellos, los mejor situados para tal labor, no poco caudal de datos con qué trazar la biografía del romance castellano). Mas volvamos á los dobles.

Hay los también aparentes, como v. gr. *secundario* y *segundero*, dado que esta última voz no deriva del latín *secundarium*, sino que es una formación dentro del castellano mismo y mediante el sufijo *-ero*, correspondiente al latino *-ario*, de la voz *segundo* = *secundum*. Y aquí conviene indicar que hay junto á la derivación etimológica ó de herencia, la analógica ó de adaptación, la que se verifica dentro del romance mismo con sus elementos componentes propios. *Roto*, *tuerto*, *dicho*, *hecho*, son participios etimológicos, derivados de los correspondientes latinos, *ruptum*, *tortum*, *dictum*, *factum* (en ac.), participios cuyos analógicos resultan *rompido* y *torcido*, en uso, y *decido* y *hacido*, sin él. *Querido*, es un participio analógico de *querer*, cuyo etimológico es el *quistado* de *bienquistado* y *malquistado*, derivado del latino *quaesitum*, participio de *quaerere*, *quaesivi*, de donde nuestro *querer*, *quise*. Así tenemos también *ficha* y *rector* v. gr. formas etimológicas, á que corresponden las analógicas *fungida* y *regidor*.

Hay, pues, elementos popular y literario de un lado, y etimológico y analógico de otro, combinándose éstos con aquéllos. El vocablo *factor*, es la forma literaria de su homónima latina, cuya forma popular etimológica es el *hechor* de *bienhechor* y *malhechor* y la popular analógica correspondiente *hacedor*.





escrutar

Otras veces la forma popular no se ha desarrollado más que en algún derivado como *nodriza* y *escudriñar* (bajo latín *scrutinare*), que suponen el anticuado *nodvir* y *escudrar*, junto á los literarios *nutvir* y *escentar*. Y ¿por qué no le habíamos de llamar al escrutinio, si es que no *escudriño*, por lo menos *escudriñamiento*? Bien es verdad que por este camino llegaríamos á decir líneas *segante* y *tañente* ó *segadora* y *tañedora* á las *secante* y *tangente*, en vista de que los verbos latinos *secare* (cortar) y *tangere* (tocar) están en castellano representados popularmente por *segaz* y *tañer*, ó iríamos á dar á la manía de cierto sujeto, perito en estas materias, que sobre la base de que *santificar*, *pacificar*, *mortificar*, *verificar*, etc., se aparejan con *santiguar*, *apaciguar*, *amortiguar*, *averiguar*, etc., se empeñaba en escribir *aseñiguar* en vez de *significar*, haciendo él por sí y ante sí lo que no le dió al pueblo la gana de hacer, y cayendo así en pedantería no menos pedantesca que la de quien inventase un *minificar* por *amenguar*, ó la que usan nuestros académicos cultilatiniparlantes. Sin embargo de lo cual, no desconfío de que el mejor día remanezca por ahí el tal voquible *aseñiguar*, trasconejado en cualquier carcomido documento del tiempo de Maricastaña, que otras más

gordas se han visto, ni sería la primera vez que se ha determinado de antemano,—vamos á decir: à *priori*—la forma que tal radical de una familia lingüística, ha de revestir en una lengua de tal familia, si es que llegó á ella, corroborándose luego la tal determinación previa, como Leverrier determinó á cálculo la posición de Urano antes que el telescopio lo descubriese, ó en química á partir de las hipótesis, teorías y experimentaciones de Avogadro, Dulong y Petit, Dalton y otros, y mediante relaciones entre el peso y el calor atómicos, se ha llegado por la tabla llamada de Mendeleef á pre-determinar en líneas generales la existencia y los caracteres de tal cuerpo simple antes de descubrirlo de hecho.



Y volviendo á mi tema, no predico ya tanto como la manía del citado sujeto, pero sí conven-
dría que aquéllos de nuestros escritores, que, á la
caza de inofensivos gazapos, ya domésticos, ya
montesinos, entregados al género chico de la críti-
ca gramatical, Mapotean en las chicharrerías del
casuismo gramaticalesco y en toda clase de lo que
Juan de Valdés llamaba gramatiquerías, conven-
dría, digo, que estudiasen los tales escritores un
adarme siquiera de estas materias. Así se enrique-
cería nuestro tan malparado romance, se le daría
cierto aire de mayor y más enjundiosa casticidad
popularizando de veras formas literarias, escri-
biendo v. gr. *soñolencia é inmutable*, en vez del eru-
dito *somnolencia é inmutable*, se barrerían poco á poco
todas las pedanterías académicas (*subscriber, obs-
curo*, etc.) y volveríamos, sobre todo, tal vez, á
aquella vigorosa y lozana libertad lingüística en
que campaban por sus respetos los primeros culti-
vadores literarios del romance castellano, cuando
á su albedrío (forma popular del literario *arbitrio*)
fraguaban vocablos según la necesidad apretase,
cuando el bueno de Berceo escribía *dessabor, repin-
tencia, razonidad, oianza* (odio), *erranza, derechero, po-
bredad, porfidioso, empezamiento, suciedadumbre* y otras
palabras de este jaez. Hoy mismo la prensa, con
ser en esto sobrado circunspecta, ha entrometido
en curso voces como *dictaminar, solucionar, fusionar,
influenciar, reconocementero* y otras que se atragantan
á los tan ahítos acaso de gramática, como sin duda
ayunos de conocimientos de lingüística científica.

¡Ande el movimiento! Tal debe ser nuestra em-
presa y divisa en cuestión de lenguaje, que no es
algo muerto, sino vivo y muy vivo, y vivo sobre
todo merced á la lengua hablada del pueblo que
hace estrumpear el cincho del idioma escrito litera-
rio, cuando éste intenta convertirlo en zuncho, en
inflexible potro, para hacer de aquella lengua una
encorsetada señoritanga, que disfrace con drogas
y afeites el urbano color de opilación, en vez del
atezado tono rústico con que, al aire libre, el agua
y el sol de los campos la engalanan. Lo cual no
quita que haya también lugar para un enriqueci-
miento urbano, el de los cafés, las calles, las pla-
zas, del mismo arroyo, y aún el de todos los que
buscan palabras para sus ideas, mas no el de los
que buscan ideas para sus palabras y comulgan en
supersticioso culto idolátrico al lenguaje clásico.

MIGUEL DE UNAMUNO

